

nuza..... Lo que creía friamente era que su futura esposa se había propuesto hacerle pasar por todo linaje de humillaciones ántes de entregarle su mano; y en este punto vacilaba, acometido por una duda, que no conseguía aclarar.

Él decía: Este desden, tan tenazmente seguido, puede significar dos cosas enteramente opuestas: ó es un recurso elegido para atraerme, ó es un medio para alejarme; ó busca en mí una sumisión ciega y completa, ó prepara poco á poco el terreno para un rompimiento.

Unas veces veía claro lo primero, otras veces veía claramente lo segundo.

La misma Marquesa, con toda su penetración de mujer, no había podido resolver la dificultad de semejante duda, reduciéndose á contestar á ciertas preguntas de su hermano ladeando la conversación con estas palabras: No sé, Javier, no sé; pero me parece que debes andar con piés de plomo.

Nadie se atrevía, á lo ménos ostensiblemente, á disputarle al Duque la mano de la rica criolla, ni ella en rigor mostraba espe-

cial preferencia por nadie; pero huía de toda conversación que se refiriera á su casamiento. No se podía decir que rompía el compromiso contraído por las familias, pero se podía asegurar que estaba resuelta á aplazar indefinidamente su cumplimiento.

El Duque era un novio más oficial que efectivo; pasaba por novio, y en realidad no lo era, pues no existía entre él y Mercedes confianza, franqueza ni intimidad ninguna.

Desde el momento en que vió la manera con que Mercedes recibía á su antiguo secretario, su perspicacia de hombre de mundo le descubrió que Lanuza iba á ser preferido por algunos días, y recordando su aventura con Magdalena, debió decirse para sí: ¡Qué coincidencia! por segunda vez vamos á ser rivales.....

Realmente las ventajas estaban de su parte..... porque ¿cómo había de aspirar el que había sido su secretario á la mano de tan rica heredera?..... Ni ella ¿cómo había de pensar seriamente en semejante cosa?..... Pero, de todos modos, semejante rivalidad le era molesta y humillante, y al pensar así, sintió

sin duda que el cazador de leones no hubiera tenido la mala suerte de encontrarse cara á cara con algun leon hambriento; mas disimulando el mal efecto que le causaron las últimas palabras de Mercedes, dijo muy tranquilamente :

—Siento en el alma que nuestros gustos difieran cruelmente; pero, en realidad, no se trata ahora de ese sentimiento, sino del que debe causarnos la mala suerte con que mi buen secretario ha probado fortuna en la caza de leones..... Cuando esperábamos los más interesantes relatos, nos encontramos con que vuelve de África sin tener nada que referirnos.

Cuando el Duque pronunció las palabras de «mi buen secretario», Miguel hizo un movimiento, que dominó enseguida, y despues contestó de esta manera :

—Sin embargo, señor Duque, á pesar de mi mala suerte, todavía no he perdido completamente la esperanza de cazar un leon.

—Eso quiere decir, preguntó Mercedes, que piensa V. hacer un nuevo viaje á África.

—No señora, dijo, no creo absolutamente necesario ese nuevo viaje.

—Entónces..... replicó el Duque.

—Entónces, repitió Miguel, quiero decir que tambien hay *leones* en Europa.

La palabra *leones* la pronunció recargando el acento de tal modo, que el Duque se le quedó mirando atentamente, y la criolla añadió, riyéndose :

—Y en Madrid no faltan..... por de pronto, ahí está..... aunque enjaulado, el leon del Retiro.

Éste fué el momento en que se alzó el telon por segunda vez, y Miguel, levantándose, iba á despedirse, cuando Mercedes le dijo :

—Sentiria ser indiscreta invitándole á permanecer con nosotras..... mamá tendrá mucho gusto en ello.

—Mucho, niña, mucho— bostezó sosegadamente la señora de Vegahonda.

Miguel volvió á sentarse, y el Duque elevó el labio inferior, dando á su rostro una expresion que era al mismo tiempo de duda y de desprecio.

La Marquesa, desde su platea, no perdía detalle, mirando de soslayo, que es como las mujeres suelen ver más. Matusalem creyó sorprender en ella señales fugitivas de agitación interior mal disimulada. Había visto á Lanuza en el palco de la criolla, pero fingió no verlo, y la Marquesa se alegró de que no lo viera.

Así pasó el segundo acto, cuyo *quintetto* se oyó con profundo silencio, cayendo el telon entre numerosos aplausos, que tambien inició la Marquesa, diciendo á sus amigos:

—La ejecucion no ha sido arrebatadora, pero ese canto, verdaderamente inspirado, no se puede oír sin entusiasmo.

—Oh, sí, exclamó Guillen aplaudiendo; la música es la química de los sonidos.

Luisa aprovechó la ocasion que el médico le ofrecía para respirar á sus anchas, y dió suelta á la más espontánea carcajada.

—Explique V. eso, señor facultativo, dijo el general, si no quiere V. que nos quedemos en ayunas.

—Voy á explicarlo satisfactoriamente,

contestó el doctor, puesto que hay necesidad de ello.

—Veamos, añadió Matusalem.

—Componer y descomponer cuerpos: hé ahí la química; componer y descomponer notas: hé ahí la música.

—Muy bien, exclamó la Marquesa. Dichoso el químico que ha sabido componer la *Somnámula*; y es una lástima que al morir se llevára el crisol en que supo fundirla..... el crisol de su genio, ante el que la pobre ciencia se queda con la boca abierta.

—Dan ustedes demasiada importancia al arte, replicó Guillen; yo lo respeto mucho, pero..... ¡caracolés!—permítaseme el uso de estos moluscos—donde está la ciencia.....

—¡La ciencia!..... exclamó el general; ¿qué ciencia puede compararse con el arte de la guerra? Napoleon se mofaba de los ideólogos, porque sabía muy bien que cuando se anda á cañonazos no se encuentra un sabio ni para un remedio.

—No obstante, advirtió Matusalem, Napoleon era un sabio..... era un gran géometra.

— No, no, replicó la Marquesa. Napoleon fué un genio.

Miéntas se discutía este punto en el palco de la Marquesa, los tres signatarios de la triple alianza se habían reunido en el pasillo que conducía al palco de la criolla, y arimados á la pared bajo uno de los mecheros de gas que lo iluminaban, parecían ocupados en resolver un punto difícil, acerca del cual urgía, por lo visto, adoptar una resolución.

— Es Lanuza, señores, es Lanuza, decía en voz baja el Vizconde.

— ¿Y de dónde ha salido ahora ese hombre? preguntaba el diplomático.

— De África, contestó el Vizconde.

— ¿Y quién es ese señor Lanuza que viene de África? decía el marino.

— Es un amigo del Duque.

— No, Vizconde, replicó el diplomático..... fué algun tiempo su secretario..... La Marquesa lo protegió, dándolo á conocer; mas parece que se permitió amar á la Marquesa, pretension exorbitante, que lo obligó á desaparecer sin que nadie se haya vuelto á acordar de semejante personaje.

— Eso puede ser así, ó puede ser de otro modo que no sea precisamente lo mismo, dijo el Vizconde; pero es el caso que debemos ver en el Sr. Lanuza un rival.

— ¡Un rival! exclamó el marino.

— Precisamente..... y un rival más temible que el mismo Duque.

— Eso no es posible, exclamó el diplomático.

— Tal me parece, añadió el marino.

— Entónces, replicó el Vizconde, ¿por qué se alarman ustedes?..... ¿Qué han visto para entregarse á los horrores del desaliento en que los veo á ustedes?

— Hemos visto, contestó el marino, una predileccion inusitada; lo ha detenido en su palco, y desde que ese hombre se hizo presente no ha vuelto ni una vez siquiera la cabeza.

— Bah..... exclamó César, ésa es una táctica conocida..... quiere humillar al Duque, desesperarle.

— En efecto, añadió el Vizconde, interrumpiendo á César..... Todo eso quiere para provocar un rompimiento.

— Mejor, dijo César..... así nos libraré del Duque.

— Sí, pero se queda él..... añadió el marino.

— De todos modos, opinó el Vizconde, nuestra cuestión es preciso que esta misma noche quede resuelta. Aprovechemos este entreacto. Vamos á saludarla, y aquel á quien le conceda la posesión del clavel se entenderá luego con sus rivales, porque es cosa clara que el que obtenga la flor obtiene su preferencia; los demás quedan definitivamente desahuciados.

— ¿No sería mejor, advirtió el marino, escribirle una carta colectiva, donde, bien explicado el caso, la obligarse á dar una respuesta categórica?

— De ninguna manera, dijo el diplomático, porque una carta da tiempo á que la respuesta se medite, y no se escribe con la misma espontaneidad que se habla. El caso es sorprenderla.

— Justo, añadió el Vizconde, confirmando el parecer de César. No perdamos tiempo, y manos á la obra. César llevará la palabra.

Y diciendo y haciendo, se encaminó resueltamente al palco de las señoras de Vega-honda, en el cual entró con la misma franqueza que en su casa; detras de él entraron el marino y el diplomático; el primero de estos dos con el clavel entre los dedos, sin duda para dar á entender que estaba en buenas manos.

— Al verlos, dijo Mercedes:

— Hola, hola; creí que tan buenos amigos nos habían olvidado esta noche.

Miguel se levantó, retirándose cortésmente al fondo del palco, y César se acercó á la criolla, que decía:

— Los tres juntos..... es original..... vamos, ustedes traen entre manos alguna conspiración.

— No señora, contestó César; traemos entre manos un pleito, que V. es preciso que sentencie.

— ¡Oh!..... pues seré justa. Oigamos á las partes.

— Las partes son tres, dijo el Vizconde, interrumpiendo la conversación que había entablado con el Duque.

—¡Tres! exclamó Mercedes.

—Y las tres, dijo el marino, se creen con igual derecho.

Entonces reparó la criolla en el clavel que el marino llevaba en la mano, y se sonrió, diciendo:

—Me parece que ustedes son las tres partes del pleito, y la verdad, si he de ser yo el juez, declaro que me siento inclinada en favor de mi bravo marino.

César y el Vizconde se quedaron estupefactos, y el marino atónito.

—¡Señora!..... murmuró éste.

—¡Oh! ¡sí! exclamó ella; confieso que me tiene V. obligada.

—¿Seré tan dichoso?..... balbuceó el marino.

—Si es una dicha complacerme, debe V. ser dichoso, porque en este momento me tiene V. muy complacida.

El marino no estaba prevenido para este golpe inesperado de su fortuna, y sintió un desvanecimiento que le cortó la voz oportunamente, pues no se le ocurrió ni una palabra, y cuando no hay nada que decir, la voz

sobra. Miraba fijamente á la criolla, y le parecía que el pavimento del palco se movía debajo de sus piés como si flotara sobre el Océano. Aquello era un sueño, y un sueño á bordo.

Por lo que hace al Vizconde y al diplomático les parecía inaudito lo mismo que estaban oyendo; es decir, que se resistían á caer, cosa bien natural, desde la cumbre de sus respectivas esperanzas al abismo de aquel comun desengaño.

—Vamos, dijo Mercedes con un ligero movimiento de impaciencia y dirigiéndose al marino, hable V.; espero sus palabras con ansia, como el que espera una buena noticia.

—Señora, yo.....

—Usted. Me parece que es V. al que le toca hablar; yo ya he dicho bastante.

—Pues bien, exclamó el marino, inclinándose con toda la gallardía que le fué posible. Este clavel.....

—El mismo, es el mismo, dijo ella examinándolo; lo conozco perfectamente; es un hermoso clavel; quizá no haya en Madrid otro semejante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Yo he tenido la suerte, siguió diciendo el afortunado comandante, de poder tenerlo en mis manos.

—La suerte es mía, caballero, añadió la criolla, porque esa flor me interesa mucho; pero soy una loca insoportable, y esta tarde lo he perdido en la Fuente Castellana; se me cayó sin saber cómo, mas V. lo ha encontrado y viene á devolvérmelo; ay, amigo mio, ese favor no tiene precio.

Y al concluir de hablar, tomó de las manos del marino el clavel, añadiendo:

—Ahora, vamos al pleito.

—El pleito, dijo el Vizconde, está ya sentenciado, y las tres partes han quedado iguales.

—¡Cuánto me alegro! exclamó Mercedes con una ingenuidad encantadora.

Al acto segundo siguió el acto tercero, y terminada la función, las señoras de Vegahonda bajaron al pórtico á tomar el coche. La madre, apoyada en el brazo del Duque, la hija en el brazo de Lanuza; éste llevaba en la mano el clavel objeto de las esperanzas de los tres aliados, que poco ántes ha-

bían salido del palco, como puede suponerse; es decir, el Vizconde alegre, el diplomático triste y el marino furioso.

Cuando el Duque se despidió de las señoras de Vegahonda, la madre le dijo:

—Mire, no vaya á pié..... va á cansarse.

—Señora, contestó, tengo aquí mi berlina.

Mercedes se apresuró á decir:

—Bien, Lanuza se tomará la molestia de acompañarnos.

Poco después salía la Marquesa de su platea, apoyada en el brazo del general y seguida del insigne Matusalem y del doctor insigne.

El general preguntó:

—¿Quién es ese caballerito que entra en el coche de las señoras de Vegahonda?

La Marquesa no dió ninguna respuesta á esta pregunta, fingiendo no oírla; pero á Matusalem no le pareció cortés dejarla desairada, y dijo:

—Me parece que ha de ser un cazador de leones.

Como si le hubiera mordido una víbora

volvió Luisa la cabeza, y clavó en Matusalem, por un instante, las centellas de sus ojos.

Cuando se vió sola en su coche, exclamó:

—Ah..... esa mujer es implacable.

Llegó á su casa y se entró en su cuarto, despidiendo á Mundeta, que se disponia á desnudarla, y comenzó á pasearse de un extremo á otro del gabinete, diciendo como una loca:

—Hay que hacer..... hay que hacer algo.

Se sentó delante del escritorio y tomó la pluma; pero la arrojó inmediatamente, y dejando caer la cabeza y ocultando el rostro entre las manos, comenzó á sollozar como una niña.

Al fin enjugó sus lágrimas, exclamando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

Cruzó las manos y meditó algun tiempo; despues se entró en su dormitorio y llamó á Mundeta.

La doncella estaba muy torpe, no atinaba á desabrochar los corchetes, y es, que colocada detras de la Marquesa, que se hallaba delante de un espejo, observaba atentamente

el rostro de la señora, que el cristal le presentaba, con curiosidad bien singular en ella, que estaba tan acostumbrada á verlo.

Pero, ya se ve, es que notaba en el rostro de la Marquesa algo extraordinario, que no acertaba á explicarse, y le parecia sumamente extraño que no fuera aquella cara la misma con que la habia visto salir de casa.

La pobre muchacha no sabía bastante psicología para explicarse científicamente las misteriosas relaciones que existen entre el espíritu y la materia, ni cómo se oscurece ó se ilumina el semblante, segun las alegrías ó los dolores que pasan por el fondo del alma, y sólo sacó en limpio de sus tenaces observaciones que á la señora debia haberle sucedido algo.

Mas, si era indiscreta con los ojos valiéndose de la complicidad del espejo, no se atrevió á serlo con la boca, y se guardó muy bien de hacer ni la más inocente pregunta.

Luégo que la Marquesa estuvo acostada, se acercó á la cama y corrió suavemente las cortinas, retirándose hasta el dia siguiente,



si durante la noche no ocurría novedad alguna.

Pero, sin poderlo remediar, y hasta sin saber lo que hacía, se detuvo al otro lado de la puerta con atento oído, y así permaneció algunos minutos, hasta que al fin se alejó andando de puntillas y diciendo entre dientes:

—Ya está dormida..... más aún..... está soñando..... Y ¡qué sueño tan original! le he oído decir..... claramente..... «cazador de leones..... cazador de leones.....» Vaya V. á averiguar lo que estará soñando.

Y ella misma, despierta, se entró en su cuarto, repitiendo:

—Cazador de leones..... cazador de leones.....

---

## CAPÍTULO IV.

Ni el uno ni el otro.

Dos días despues de ocurrido lo que acabo de relatar en el capítulo anterior, la Marquesa parecía animada por ese vigor que infunden en el alma las grandes resoluciones, y decía:

—Es preciso evitar á toda costa la catástrofe que presiento; esa mujer es implacable..... el infierno ha encendido en su alma el fuego de un funesto orgullo. Ella, sin duda inspirada por Matusalem, es la que descubrió á Lanuza el secreto motivo del repentino viaje del Duque. Lanuza, añadía suspirando, tiene excitada su vanidad de hombre. La infame codicia de Matusalem, la vanidad de ese pobre muchacho, la locura de mi hermano, mi propia debilidad, y el orgullo sa-